

Los frutos del árbol de la vida

Aforismos del Orden
Supremo



Manuel Arduino Pavón



Los frutos del árbol de la vida. Aforismos del orden supremo

Manuel Arduino Pavón

© 2020. Ediciones Especializadas Europeas, SL

EEEliteraria

www.eeeliteraria.com

ISBN: 978-84-121078-2-1

Todos los derechos reservados, incluyendo, entre otros, conferencias públicas y transmisiones por radio y televisión, incluidas partes individuales. Ninguna parte del trabajo puede reproducirse de ninguna forma (por fotografía, microfilm o cualquier otro medio) o procesarse, duplicarse o distribuirse utilizando sistemas electrónicos sin el permiso por escrito del editor.

Los frutos del árbol de la vida. Aforismos del orden supremo

Manuel Arduino Pavón

Aforismos

I

La lluvia cae en el lago. La juventud se pierde en los objetos. Un carrero se irrita contra sus bueyes azotando a su único buey. Una lágrima se mezcla con el mar y cambia toda la sustancia del universo. Cinco patos vuelan como el cuclillo, un cuclillo vuela como cinco patos. El monje quema boñigas para calentar el mundo, pero se olvida de la plegaria del crepúsculo. Nada perdura, todo es distracción.

Cuentan de un hombre que quería poseer el secreto de los cielos. Construyó un observatorio astronómico y a través de sus lentes oteó el firmamento parte a parte hasta donde los medios mecánicos y su vista alcanzaban. Y que una noche un niño que pasaba por allí le preguntó por una vecina. El astrónomo se percató de que no conocía a esa vecina. El niño le dijo:

- ¿Conoce usted las estrellas y no conoce a la señora que cuece habas como ninguna?

El astrónomo replicó con desdén:

- No puedo perder el tiempo en esas cosas.

El niño lo miró con sorpresa y observó:

- Es una pena, la vecina de usted que cuece habas no conoce las estrellas pero lo conoce bien a usted.

- ¿Me conoce a mí?

- Sí, ella me contó que hay un vecino que quiere saber todo sobre las estrellas del cielo y que pasa toda la noche en esa tarea mientras ella cuece habas.

- ¿Y qué más te dijo de mí?

- Que seguramente usted no la ha advertido porque aún no se ha dado cuenta que los cielos incluyen la tierra, nuestro planeta, y que en nuestro planeta hay tantas cosas vivas como estrellas en el cielo. Y que entre otras cosas hay una sartén con habas cocidas hechas con la misma sustancia de sus estrellas.

El astrónomo sonrió ante la ocurrencia y quiso conocer más de una vecina tan perspicaz. Había comenzado a descubrir que también las otras personas son interesantes. Pero el niño prosiguió:

- Usted usa de sus ojos pero no ve. No usó nunca de su olfato. No se arriesgó con un gusto nuevo. Y todo porque no pone atención a su alrededor.

El astrónomo admitió con una sonrisa lo que le decía el niño. Entonces le preguntó:

- Y te dijo mi vecina que debería hacer yo para recuperar el interés por el planeta y mis vecinos y las habas?

- Es muy sencillo explicó el niño. La señora que cuece habas me dijo que usted está distraído con las estrellas, que en realidad no está atento, y que por eso se pierde las cosas buenas y bellas de la vida.

El astrónomo despidió al muchacho. Pensó en dejar el observatorio. Como siguió muy distraído, nunca llegó a tomar esa decisión. Sin embargo, al otro día, bien temprano

y después de los aseos, marchó al mercado a comprar una medida de habas.

II

Las nubes ocultan el secreto de la montaña, pero sólo para los que no conocen la intuición en el mirar. La visión de lo eterno requiere de una atención sapiencial.

El niño llegó a casa de la vecina que cuece habas como ninguna y le preguntó tiernamente:

- ¿Se puede ver el cielo de verdad cuando se lo mira con la misma mirada con la que mira el astrónomo a las personas?

La señora de las habas sonrió y respondió:

- Aunque eres muy pequeño y yo no entiendo mucho del cielo, te puedo asegurar que yo miro a mis habas con todo el amor de mi alma. Dicen que soy una sabia cocinera de habas.

III

La grandeza consiste más bien en ser vigilantes que en ser exactos.

- Aunque las cocino con amor y estoy muy atenta a todo lo que les ocurre a mis habas, y aunque no se me queman jamás porque conozco el aroma exacto, el ruido de la fritura así como el ardor de la quemadura, y los regios colores de cuando están en su punto, yo tampoco podría conocer el cielo. Trato de ser perfecta con mis habas, pero es necesario

ser cuidadosos con todas las personas y cosas de la vida e interesarnos por todas con el mismo entusiasmo si queremos ser justos. Pero, además, es mejor entenderse con el astrónomo, porque deben entenderse los vecinos que tienen el mismo problema no resuelto. Quizás yo pudiera interesarme por el cielo, y él por mis habas. Quizás a la larga él sintiera amor por mis habas y yo por el cielo. Quizás ese fuera un comienzo muy simple pero un comienzo, al fin, de un gran amor. ¡No creas que no he puesto mis ojos en el astrónomo! Es uno más en mi cocina. Ahora ve y llévale este plato de habas, y si te pregunta por mí, díle que me llamo Estrella y que, sin embargo todavía él no me descubrió.

IV

El sabio baja las manos y se desploma el mundo. El sabio eleva las manos y el cielo vuelve a gravitar.

V

Cuando un hombre llora el sabio no le trae alegría. Cuando un hombre ignora, el sabio no le trae sabiduría. Nada más aproxima el espejo bruñido y se retira para no provocar distracción.

VI

Cuando todo reposa el sabio vigila. Cuando todo se explaya el sabio vigila. Cuando todo vigila el sabio es el objeto de la vigilancia.

VII

La ignorancia es el candor de la sabiduría.

VIII

La práctica de la caridad hace que el mundo subsista por gracia del pobre.

Dicen que el poder de perdonar ha permitido que los hombres sobrevivan. Seguramente se refieran al poder de comprender. En el mismo sentido el poder de entender las genuinas necesidades de los otros permite que la caridad no sea una mera dádiva, resultado del separarse, sino un llano acto de amor. Por el amor subsisten las cosas, porque el amor las cambia, las reconcilia y las ordena. Es el hombre que se entrega al hombre, por lo cual los símbolos que emplea para hacerlo, cualesquiera sean esos valores, no están por delante, como cuando uno extiende su mano, alejándola de sí, guardando distancia, para dar una moneda.

Un hombre poderoso que quería poner fuego a la casa de otro hombre que lo había desairado, con una antorcha encendida en sus manos caminaba apresuradamente por el pueblo una noche. Iba muy decidido a destruir aquella casa, lleno de odio. Sin embargo también tomaba previsión de que nadie lo viera por allí. A cierta altura de su marcha oyó las voces de algunas personas cercanas. Rápidamente se ocultó tras unos barriles. De pronto oyó otra voz lastimera:

- Señor, no hay mucho espacio aquí.

El hombre que perseguía la venganza notó que bajo sus pies yacía el cuerpo de un pordiosero. Como era un hombre extremadamente lógico, no se excusó ni se movió un centímetro. Extrajo una moneda y la arrojó a la cara del pordiosero al que estaba aplastando, mientras vigilaba al grupo de vecinos que pasaban allí adelante.

- Señor -insistió el pordiosero en una queja-, es demasiado para mí.

Furioso y sin darse cuenta del sentido de las palabras del mendigo, apoyó la antorcha en el piso y le arrancó la moneda de las manos. Lo miró con odio pensando en lo que entendía estúpida soberbia del pordiosero.

Señor -volvió a hablar éste-, es demasiado para usted.

Irritado, el poderoso insultó en voz bien baja al pordiosero, al que todavía aplastaba con el peso de su cuerpo. No había reparado que aquel desventurado le quería advertir que, a causa de la estrechez y de su impericia física, se había expuesto peligrosamente a la llama de la antorcha y que ahora la levita de su traje se estaba prendiendo fuego. Cuando sintió el calor y el ardor y se apercibió de lo que le ocurría, el hombre poderoso se marchó corriendo, dejando la moneda, la antorcha y el pordiosero junto a los barriles. Este buen hombre respiró libre del peso del cuerpo del otro. Puso la antorcha cerca de su cuerpo para calentarse, recogió la moneda y se rió feliz por lo que le había deparado esa noche.

¿Alguno de estos hombres fue caritativo? En este ejemplo, ¿es el pobre el caritativo, al permitir que el satisfecho descubra cómo su peso comprimía al mundo y cómo esto ponía a riesgo su propia integridad?

El hombre poderoso del cuento volvió esa misma noche al vecindario con otra antorcha encendida y puso fuego a la casa de su enemigo. Pero no se cambió de levita para ejecutar esta acción, por lo cual fue atrapado a unas pocas cuabras del incendio. Si bien la casa y la levita se perdieron, se puede decir que el fuego de la antorcha, que entonces también había entibiado el cuerpo del pordiosero, fue doblemente caritativo esa noche.

IX

El pobre mastica, el rico traga. El pobre tiene poco que perder. El rico quizás lo haya perdido todo. Los valores deben ser suficientes para que el hombre atraviese el puente en paz. Los valores deben ser importantes para que el animal se hunda en el río en sueños.

X

La pobreza es el vicio de los Estados. La virtud lejos de los Estados es la pobreza. Es necesario dar con la pobreza sin opción.

He aquí presentado el tema de la pobreza como ascésis del alma, una pobreza que no es austeridad extrema ni mortificación, sino la naturaleza despojada y simple del alma en acción, modulando la conducta de "su hombre" en el mundo físico. Una pobreza sin opción, puesto que, según se nos enseña, las almas, en su nivel, viven desnudas de toda investidura, en la propia gloria de su condición amorosa, absolutamente desinhibidas y plenas. Se poseen a sí mismas y no conocen necesidad.

Esta es también la pobreza inherente a la cabal toma de consciencia (inherente al alma), que viene del total desapego y renuncia a los frutos de la acción.

XI

Cuando sientas hambre, mastica arroz hasta volverlo líquido. Cuando tengas sed, trágalo.

XII

Si quieres penetrar en un pozo ponte a pensar. Si quieres salir de un pozo entra en un pozo.

Las actividades del pensamiento desatado suelen llevarnos a un abismo de confusión. Se insinúa que descender a ese estado de marasmo e indefinición propio del abuso de la facultad del razonamiento, puede representarse por un pozo, por oposición a ahondar reflexiva y serenamente.

Penetrar en un pozo por las actividades compulsivas de la mente indica la preexistencia de una depresión, de un vacío, de un estado en nosotros al que se desciende perdiendo con ello aquel nivel de la realidad. El pozo ha sido excavado por el hábito recurrente de pensar más por desesperación que como método, o, en otro sentido, como método ciego, desesperado y vicioso. Ahondar en el problema es más bien ver con claridad todo lo implicado, lo cual disuelve las apariencias ominosas y permite ingresar en niveles de significación más internos y no necesariamente descendentes o deprimidos.

Por extensión, entrar en un pozo por el pensar obsesivo no permite salir de ese estado con naturalidad. En consecuencia, la experiencia positiva de salir de un pozo puede ser indicativa de que se ha ingresado a él previamente con un propósito de

reconocimiento de otro nivel en nosotros, mediante la observación y el examen silencioso, ya para conocer las causas de la depresión, ya para rescatar lo rescatable y, fundamentalmente, porque se aspira a salir de la opresión y asfixia del pozo y recuperar el nivel de lo real, munido de un nuevo poder experimental. Un pensamiento así es la exteriorización de un conocimiento puesto en práctica. Es un poder, el poder de emplear la mente sólo cuando resulta útil y constructivo y no como mecanismo pretendidamente compensatorio de las emociones aflictivas.

Un pensamiento sano es un pensamiento autónomo capaz de integrar. Y el pensamiento es integrador cuando no se trunca o mutila a nivel emocional. Todo mimetismo entre el pensamiento y el dolor es dissociativo y termina en la experiencia del pozo, del que no se sale sin heridas. Y la presencia de las heridas es señal de que no se ha terminado el proceso. Lo mismo puede decirse de las cicatrices, aunque estas presentan la otra faz de reparación y reconstrucción del espacio interior que había padecido la deflación.

Admitamos también que no se puede subestimar tal "descenso a los infiernos", como puesta a prueba o parte de un proceso mayor que perseguiría el facilitarnos el poder de afrontar, sobrellevar y superar las pruebas de la vida psicológica. Es decir, salir regenerados, bañados en las aguas bautismales de un nuevo nacimiento, en el sentido de despertar a una condición autónoma desde un estado de encapsulamiento adictivo o encierro opresivo en un nivel

deprimido al que, en clave psicológica, las tradiciones llaman el inframundo, el abismo o la noche oscura del alma. Y que aquí se designa, en este aspecto que hemos querido subrayar, como "un pozo".

XIII

Se posó un pájaro en la cabeza de un ignorante. Es un sueño, pensaron los poetas. Es un loco, pensaron los supersticiosos. Es un elegido, pensaron los piadosos. Es un árbol, pensó el pájaro.

XIV

En la inmensidad del desierto hay un oasis, y en el oasis hay un hombre pensando en el océano. En la inmensidad del océano hay un islote, y en el islote hay un hombre pensando en el desierto. En la inmensidad de la mente hay un Testigo y por su testimonio no hay relatividad. Todo es de la medida del testimonio; por eso, una vez en el oasis, una vez en el islote, ¿por qué no medir la soledad con el fiel de la inmesidad?

XV

Benditas las tinieblas que permiten que una sombra devenga en hombre.

En la oscuridad de la mente, en la negrura y opacidad del corazón, existe un desplazamiento del foco de la conciencia,